

... y solía decir que un segundo de contacto humano es más importante que un mes de despacho.

De aquellos días recuerdo la excitación de lo desconocido. Yo era una niña de poco más de trece años y la visita al Sáhara era mi primera experiencia fuera de los dulces viajes de vacaciones con mis padres. Habíamos llegado al aeropuerto de Tinduf y al principio la fealdad del desolado paisaje argelino me había golpeado, casi me había ofendido. Pero después, cuando la comitiva oficial se adentró en la zona en la que estaban los campamentos de refugiados, empecé a verlo todo de una manera distinta: la inacabable *hamada* no era más que tierra estéril, un mar de piedras; pero resultaba magnífica, soberbia, una orgullosa extensión de nada en medio del vacío. De vez en cuando un árbol solitario, unas dunas a lo lejos, un camino entre las piedras y la arena dirigiéndose a ninguna parte...

Tan fascinada me sentía que apenas escuchaba a mi padre, empeñado en demostrarme que había estado ya allí varias veces, que sabía el nombre de los raros árboles y de los pequeños matorrales.

Nos recibieron en un campamento en el que había varias decenas de tiendas de campaña y una fantástica *jaima* del desierto. En la *jaima* nos ofrecieron té y un grupo de niños y mujeres, acompañados por unos pocos instrumentistas, cantaron preciosas canciones saharauis. Mi padre sonreía a diestro y siniestro, mientras que mi madre sólo concedía alguna de sus luminosas sonrisas a los hombres que parecían mandar en el campamento.

Yo, por mi parte, estaba en la gloria, con varios chicos saharauis que me rodeaban constantemente; estudiaban en Cuba y tenían un gracioso acento caribeño. Sus ojos chispeaban y me trataban como si fuera una verdadera mujer.

Recuerdo que después del té y la música salí a pasear con los chicos *cubanos* y que la noche del desierto me golpeó por sorpresa. Uno de los chicos -se llamaba Chej- me había dicho que no debía mirar más que al suelo.

-No levantes la vista por nada, por nada.

Le hice caso. Supongo que en medio de la noche mis pupilas se fueron dilatando para poder ver algo en el oscuro suelo. Cuando Chej creyó que estaba lista, me dijo:

-Ahora, mira hacia el cielo.

Levanté la mirada y un enjambre de estrellas me golpeó en el corazón a través de las pupilas dilatadas. En ese instante luminoso, suspendida entre la arena y el cielo, llegué a creer que nunca más vería algo tan hermoso.

Chej reía con sus compañeros por mi asombro.

Chej era un soldado que había estudiado en Valencia. Era callado, guapo y tímido. Carecía del punzante sentido del humor de sus compañeros y no parecía capaz de lanzarme ninguna de sus picantes insinuaciones

Pero de todos ellos era el que me hacía sentir más a gusto por su silencio, por su mirada triste, por su piel de apagada canela, por el modo astuto y sorprendente con el que me había llevado de un solo salto de la *hamada* a las estrellas.

Luego me acompañaron hasta la tienda en la que me esperaban mis padres.

Ella ya estaba lista para dormir, pero mi padre se empeñó en contarme la historia del Sáhara. Una historia dolorosa en la que él creía que había sido decisiva la suerte: la mala suerte. Según él, los saharauis tenían razones de sobra para despreciar y hasta odiar a los españoles, aunque eran muy inteligentes y no les interesaba demostrarlo. Según él, nos iban a recibir siempre muy respetuosos.

-Pero no lo olvides nunca: en el fondo, nos detestan.

Me explicó entonces una complicada historia de promesas de España que no se pudieron cumplir y de desgraciados malentendidos.

Mi padre habló mucho, pero en mi mente seguían resonando las voces de los chicos saharauis y los silencios de la noche estrellada. Apenas lograba entender lo que oía y tampoco me importaba mucho. Al cerrar los ojos me volvía a sentir suspendida entre la arena y el cielo, y los ojos brillantes de Chej se habían convertido en dos más del enjambre de estrellas.

Sin embargo, no volví a ver a los chicos de acento cubano, ni mucho menos a Chej, al que buscaba cada vez que veía a alguien con un anorak como el suyo. Los días se fueron alargando con monotonía y llegué a pensar que la primera noche alguien me había puesto una droga en el té para que sintiera entusiasmo por aquella tierra desnuda. Me jaleaba a mí misma y pensaba que estaba allí, en el *Tercer Mundo*, como si fuera de Médicos sin Fronteras o de cualquier organización humanitaria. De esa manera lograba aguantar las interminables visitas a los campamentos, a las *wilayas* y las *dairas*, las escuelas, los hospitalillos, un huerto imposible y surrealista que crecía en medio de la *hamada*...

Pero poco a poco todo se fue volviendo igual para mí, una repetición inacabable de los mismos saludos, las mismas canciones, los mismos niños que salían de todas partes para tratar de acercárame. Me llamaban, me pedían caramelos, cada vez me preguntaban de dónde era... Cuando podían, también me tocaban con sus dedos, agarraban mis manos y las apretaban, como si quisieran que no me fuera nunca.

Mi madre me había advertido:

-Ten cuidado, tienen muchas enfermedades de la piel.

Yo me rebelaba contra aquella frase tan hiriente, tan espantosamente llena de complejo de superioridad, y devolvía los saludos estrechando las manos que se me ofrecían. Pero no podía evitar que, en el fondo, me diera miedo tocarlas.